

¡Reclutados para la batalla!

Números 1.1–4, 17–19, 45, 46

Habló Jehová a Moisés en el desierto de Sinaí, en el tabernáculo de reunión, en el día primero del mes segundo, en el segundo año de su salida de la tierra de Egipto, diciendo: Tomad el censo de toda la congregación de los hijos de Israel por sus familias, por las casas de sus padres, con la cuenta de los nombres, todos los varones por sus cabezas. De veinte años arriba, todos los que pueden salir a la guerra en Israel, los contaréis tú y Aarón por sus ejércitos. Y estará con vosotros un varón de cada tribu, cada uno jefe de la casa de sus padres [...] Tomaron, pues, Moisés y Aarón a estos varones que fueron designados por sus nombres, y reunieron a toda la congregación en el día primero del mes segundo, y fueron agrupados por familias, según las casas de sus padres, conforme a la cuenta de los nombres por cabeza, de veinte años arriba. Como Jehová lo había mandado a Moisés, los contó en el desierto de Sinaí. [...] Y todos los contados de los hijos de Israel por las casas de sus padres, de veinte años arriba, todos los que podían salir a la guerra en Israel, fueron todos los contados seiscientos tres mil quinientos cincuenta (1.1–4, 17–19, 45, 46).

La Biblia usa muchas frases culturales para describir la relación de uno con Dios. Algunas de ellas son frases que tienen que ver con ocupaciones tales como «agricultores», «constructores» o «guerreros». Otras son frases que tienen que ver con relaciones personales como «hijos», «hijos e hijas», o «el esposo y la esposa». Dios usó estas frases porque deseaba que por medio de ellas el pueblo reconociera sus responsabilidades para con Él.

Dios hizo un pacto con el pueblo cuando los reunió en el Monte Sinaí. Según se define, un «pacto» es un acuerdo entre dos partes con condiciones a ser cumplidas y con promesas o bendiciones a

ser recibidas. Cuando uno lee Deuteronomio, por ejemplo, vemos que este es un ensayo de todo lo que Dios e Israel habían prometido hacer y ser, el uno por el otro.

Debido a que Dios e Israel habían pactado sujetarse a Sus condiciones, Él le ordenó a Moisés, al inicio de Números, hacer un censo del pueblo y enlistar a los hombres de más de veinte años de edad. Estos serían los hombres con capacidad para formar el ejército de Israel e ir a la guerra por Dios. El conteo del censo fue de 603,550 hombres. Dios había exceptuado a los levitas debido a las responsabilidades sacerdotales de ellos. ¿Por qué fue necesario entonces tal censo? Dios en Su omnisciencia ya tenía a Israel contado en Su mente. Tal vez habría sido peligroso en cierta forma que Israel supiera, no sea que alardearan de cuán fuertes eran. El censo fue, sin embargo, más que un conteo del pueblo. Era una lista de elegibilidad, esto es, un reclutamiento de los que eran elegibles para luchar. Dios sabía que el viaje que enfrentaban era difícil. Israel tendría que aprender el combate físico. Los pueblos que estaban antes que ellos vivían en ciudades amuralladas y no saldrían voluntariamente de sus hogares y de sus tierras para que fueran ocupadas por extranjeros. Tendrían que ser sacados de esas ciudades y tierras por el ejército de Dios.

A medida que el Libro de Números se terminaba de completar, dos de los censos serían realizados durante el período de cuarenta años que cubre. El primero fue ordenado en los capítulos 1 y 2, el otro fue ordenado al completarse el trayecto por el desierto en los capítulos 25 al 27. Cuando los dos censos son comparados, se obtiene información

interesante. A la vista, la comparación muestra tan solo una disminución de 1,820 israelitas. Sin embargo, esta cantidad no incluye los nacimientos ocurridos durante los cuarenta años. Cuando estos son agregados, el resultado es una pérdida asombrosa. El número de niños nacidos en los primeros dos que se incluyó en un censo de rescate fue de 22,273. Piense cuántos más habrían nacido durante otros treinta años. Algunas de las tribus aumentaron asombrosamente mientras que otras mostraron una disminución sustancial. A continuación tenemos las diferencias.¹

INCREMENTOS		DISMINUCIONES	
Isacar	19%	Rubén	6%
Benjamín	29%	Gad	12%
Aser	29%	Neftalí	15%
Manasés	63%	Simeón	63%

Considere la reflexión que hace el autor de Hebreos sobre las pérdidas durante los cuarenta años de vagar por el desierto, cuando dice: «¿Y con quiénes estuvo él disgustado cuarenta años? ¿No fue con los que pecaron, cuyos cuerpos cayeron en el desierto? ¿Y a quiénes juró que no entrarían en su reposo, sino a aquellos que desobedecieron?» (Hebreos 3.17, 18). Es necesario que se extraigan algunos principios y aplicaciones del censo que Dios le ordenó hacer a Israel.

ISRAEL ESTABA PREPARADO PARA LA BATALLA

Israel estaba siendo moldeado para formar una comunidad bien organizada de personas. Anteriormente, en el desierto, cuando Jetro le da una sugerencia a su yerno Moisés, el pueblo fue dividido en grupos para ser juzgado en compañías de diez, de cincuenta, de centenas y de miles. Cuando se realizó el censo, se nombraron hombres en cada tribu para ayudar en el conteo (vea 1.5–17). Si el censo fue realizado según el plan de Jetro, uno puede ver cuán fácil pudo haber sido contado el pueblo. También había sido recaudado un impuesto para la edificación del tabernáculo, y el número arrojado fue el mismo del resultado del censo (vea Éxodo 38.26 y Números 1.46). El censo, entonces, era más que un conteo, era un reclutamiento del pueblo de acuerdo a cada familia.

Con Josué como capitán del ejército, habría sido fácil que Israel marchara en ordenamiento de batalla con capitanes de diez, de cincuenta, de cien

y de mil. Estos elementos son aproximadamente, en efecto, la forma como se ordenan nuestros ejércitos modernos; una batallón (mil), una compañía (cien), un pelotón (cincuenta) y una escuadra (de ocho a diez).

Con algunas pocas excepciones, se esperaba que todos respondieran al llamado de batalla. Se mencionan únicamente cinco excepciones al servicio, a saber: 1) un hombre en el proceso de edificar una casa (Deuteronomio 20.5), 2) un hombre con cultivos recién sembrados (Deuteronomio 20.6), 3) un hombre comprometido a casarse (Deuteronomio 20.7), 4) cualquiera que actuara cobardemente y desmotivara a los demás en batalla (Deuteronomio 20.8), y 5) un hombre recién casado (exento por un año; Deuteronomio 24.5).

Pablo declara que siendo nosotros el pueblo del pacto de Dios, hemos sido reclutados en el ejército de Dios (2ª Timoteo 2.3–7). Recuerdo mi experiencia al enlistarme en el ejército. Fue durante el inicio de la guerra de Vietnam y cuando a todos se les asignó un número de lotería de acuerdo al cumpleaños de cada quien. También recuerdo cuando se me advertía que si nos movilizábamos o cambiábamos cualquier estatus personal, teníamos que notificar a la junta de reclutamiento de forma inmediata. Necesitaban saber dónde estábamos todo el tiempo.

Cada ejemplo de la iglesia, o familia, de Dios presente en el Nuevo Testamento indica una organización de unidad congregacional. Ya fuera que los miembros se reunieran en casas o salones alquilados, la iglesia se organizaba. Siempre que los miembros del cuerpo del Señor iban de un lugar a otro, buscaban la comunión de la iglesia en el área. Se identificaban como santos ante el nuevo grupo (vea Hechos 11.26; 19.9, 26–28). A menudo los acompañaban cartas de recomendación o estas eran enviadas por adelantado (Hechos 18.27; 3ª Juan 3–8). ¿Entonces, no es triste hoy cuando miembros de la iglesia del Señor no se «reportan»? ¿No sienten responsabilidad de identificarse con la iglesia ni de hacer del conocimiento de los demás que son miembros del cuerpo! Ciertamente no se saldrían con la suya estando en el ejército; serían considerados desertores.

ISRAEL TENÍA QUE LUCHAR EN LAS BATALLAS

El motivo del fracaso de Israel durante cuarenta años en el desierto lo constituyó el temor. Su falta de fe en Dios y su temor al fracaso ante fuerzas superiores los derrotó una y otra vez. En un incidente registrado más adelante en Números, diez

¹ Alfred Edersheim, *Old Testament History* (Historia del Antiguo Testamento), (Grand Rapids, Mich.: William B. Eerdmans Publishing Co., 1982), 146.

de los doce espías enviados regresaron con un reporte negativo. La realidad era que no deseaban la tierra tanto como para tener que luchar por ella. Constantemente, Dios tuvo que alentar y levantar la moral del pueblo para convencerlos de que podían ganar. Les había prometido que expulsaría a sus enemigos delante de ellos. Sin embargo, el plan de Dios involucraba tanto Su poder como la participación de ellos. No habría victoria sin derramamiento de sangre.

Los cristianos necesitan darse cuenta de que también estamos en guerra. Esta es una guerra que Satanás está haciendo contra nuestras propias almas y las de nuestros prójimos. ¡Estamos en zona de guerra! Es obvio que muchos hermanos no se dan cuenta de esta verdad porque viven en tiendas de confort y no están luchando en el frente de batalla.

Se cuenta de una historia acaecida durante la Guerra Civil de los Estados Unidos acerca de un joven soldado que fue separado de su unidad. Después de hallar el camino de regreso a lado de las fuerzas amigas, se reportó con el capitán. «¿Dónde me quiere?», le preguntó el joven al oficial. Este respondió: «Donde sea, muchacho. Hay batalla en todo el frente». Pablo nos insta a ponernos toda la armadura de Dios y a enfrentarnos con el diablo en una batalla de cuerpo a cuerpo, en una batalla personal. De hecho, el diablo nos hará la guerra tan solo con que estemos firmes (Efesios 6.10–18). El cuadro glorioso que se da en Apocalipsis es el de soldados victoriosos de la cruz que han ganado la batalla y vienen de regreso, y son dignos de lavar sus ropas en la sangre de Jesús (Apocalipsis 7.13–15). Tenemos que luchar las batallas para ganar la victoria, para recibir el premio.

LAS BAJAS CAUSADAS POR LA INCREULIDAD Y LA DESOBEDIENCIA

Muchos en Israel se volvieron infieles y su ocaso se debió a una desobediencia flagrante de la voluntad de Dios (vea Hebreos 3.16–19). Cuando uno le pone atención de nuevo al censo anterior como al posterior, nos damos cuenta de lo tremendas que fueron las pérdidas para Israel.

Si realizáramos un censo entre nuestras propias filas en la iglesia, puede que nos sorprendamos de la frecuencia con la que Satanás constante y continuamente está disminuyendo las filas. Muchos

miembros han desertado del cuerpo de Cristo y han regresado al mundo. Muchos han dejado de congregarse con los santos y ya no son fieles. Muchos se despojaron de su armadura y dejaron de oponerse a Satanás.

Del lado alentador, sin embargo, encontramos que antes de cada batalla, el liderazgo motivaba al pueblo en su lucha (vea Deuteronomio 20.2–4). Podemos entender por qué Dios también da palabras de aliento a Su pueblo que vive en tiempos después de cruz. Considere esta declaración: «Y considerémonos unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras; no dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre, sino exhortándonos; y tanto más, cuanto veis que aquel día se acerca» (Hebreos 10.24, 25).

CONCLUSIÓN

En vista de que Dios nos ha llamado a servirle, necesitamos servirle con una devoción imperecedera y un compromiso inquebrantable, puesto que Él también tiene para nosotros una tierra de bendición prometida. ¿No vale esto la batalla?

La fe en Dios

«La fe es: muerta a las dudas, sorda al desánimo, ciega a las imposibilidades».

«La fe se ríe de las imposibilidades y dice: “así será hecho”. La fe de Abraham fue aventurera cuando salió sin saber a dónde iba. Cada promesa que se reclama es una promesa que se tiene. Crea y verá. Los que tienen temor de lo profundo no conseguirán pescar mucho. Tenga el valor de “lanzarse”. Necesitamos pioneros en los ámbitos de la fe como también en los lugares oscuros de la tierra, y no hay campo de exploración que pueda producir tales resultados, puesto que “todo lugar donde sus pies pisen será suyo”».

S. S. Times

«La fe y la obediencia están atados en el mismo fajo. El que obedece a Dios tiene fe en Dios; y el que tiene fe en Dios obedece a Dios. El que no tiene fe no tiene obras; y el que no tiene obras no tiene fe».

Spurgeon

Autor: Max Tarbet
©Copyright 1989, 2010, por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados